

## **XXI Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo B**

### ***El Señor tiene palabras de vida eterna***

Al finalizar el discurso del Pan de vida (Jn 6,60-69) son muchos discípulos los que no aceptan el modo de hablar de Jesús. Habían presenciado la gran señal del pan partido, pero no aceptaban ni su valor como signo ni la larga explicación dada por Jesús al explicarles que se trataba de una señal que hablaba de él mismo, como Pan de Vida, que es un don del Padre, que ha bajado del cielo y que en su entrega hasta la muerte, como pan partido, da la vida al mundo, para que el que come de este verdadero pan de vida que es su carne eucarística tenga vida eterna y la promesa de la resurrección final. Muchos discípulos se marcharon al oír estas explicaciones. La interpelación directa de Jesús a Pedro y a su Iglesia resuena entonces con fuerza: "¿También ustedes quieren marcharse?".

La respuesta de Pedro es la expresión de la Iglesia, que aunque muchas veces no entienda todo lo referido al misterio de su Señor, sin embargo, tiene permanentemente la firmeza de la fe y la conciencia de que Jesús es el Santo de Dios. La fe es la firme adhesión a la persona de Jesús y a su enseñanza, al sentido de sus hechos milagrosos y a la palabra que los ilumina. En esta fe petrina está arraigada la gran tradición de la Iglesia. A partir del próximo mes de Octubre y coincidiendo con el comienzo del Sínodo de los Obispos en Roma, dedicado a *La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana*, se inicia el año dedicado a la Fe, mediante la convocatoria del Benedicto XVI, sucesor de Pedro. Puede ser un año dedicado a la profundización en los misterios de la fe y a evaluar la respuesta individual y comunitaria de los cristianos en nuestra adhesión a la persona de Jesucristo, para que nuestras vidas se vayan configurando según la realidad gozosa que en cada Eucaristía celebramos, en comunión con el pan partido, Jesucristo crucificado y resucitado, cuyo Espíritu da vida.

Esta vida del Espíritu se nos comunica especialmente mediante el único Pan de Vida, que es Cristo Eucaristía y Cristo Palabra. En el fragmento del evangelio de hoy se pone de relieve que las palabras de Jesús son espíritu y son vida. Es interesante ver cómo este discurso joánico resalta la fuerza de la Palabra de Cristo uniéndola al Pan de vida. El Concilio Vaticano II presentaba la íntima vinculación entre el Pan y la Palabra en la *Dei Verbum* 21: "La Iglesia ha venerado siempre las Sagradas Escrituras al igual que el mismo Cuerpo del Señor, no dejando de tomar de la mesa y de distribuir a los fieles el pan de vida, tanto de la Palabra de Dios como del Cuerpo de Cristo, sobre todo en la Sagrada Liturgia". Y Benedicto XVI la ha ratificado al llegar a formular que "El Evangelio es el Cuerpo de Cristo" (*Verbum Domini* 56).

La palabra del Señor en el libro de Josué proclama la liberación de la esclavitud llevada a cabo por Dios, la realización de los grandes signos de Dios en medio de su pueblo y la protección permanente del pueblo liberado para que viva en libertad. Tras escuchar esta palabra el pueblo responde como había respondido Josué,

mostrando desde la libertad su disponibilidad de servir al Señor (cf. Jos 24,1-2.15-18).

Esa disponibilidad en el amor para servir al Señor desde la libertad es la que caracteriza también a la comunidad eclesial respecto a Cristo según describe la carta a los Efesios. Tal actitud debe constituir a su vez la clave de todas las relaciones en la vida comunitaria. Especial atención merece hoy el texto de Ef 5,21-32, un texto siempre sorprendente y llamativo a la sensibilidad moderna acerca de las relaciones en el interior de la vida matrimonial: "Las mujeres, que se sometan a sus maridos como al Señor" (Ef 5,21). Es una cuestión a la que le he dedicado mucho tiempo de investigación y cuyos resultados están publicados ampliamente en otros artículos de exégesis científica. Aquí sólo la presento en síntesis con el fin de iluminar actitudes y comportamientos que en la vida matrimonial generan despotismo, violencia y muerte en las relaciones de pareja y que pudieran legitimarse indebidamente desde la comprensión incorrecta de este texto.

El tema de la sumisión o subordinación de una persona a otra ocupa una parte importante en los códigos de conducta del cristianismo primitivo. Pero del estudio pormenorizado del verbo griego correspondiente (*hypotassomai*) en el Nuevo Testamento se percibe un nuevo significado del mismo en cuanto exhortación a tener actitudes de humildad, de servicialidad y de bondad en las relaciones con los demás, que se pueden formular mejor con la expresión: *ponerse a disposición* de los demás. Esta ética de la disponibilidad constituye un elemento específico de la conducta propia y genuina de los cristianos, particularmente en el ámbito de la vida matrimonial, como sacramento y misterio vinculado a la relación de amor y de entrega mutua de Cristo con la Iglesia. De este amor profundo, que implica hasta el sacrificio de la entrega de la vida, brota el altísimo valor sacramental del matrimonio en la Iglesia católica, y la actitud de disponibilidad y amabilidad hacia la otra persona en la relación de los cónyuges.

La exhortación a *ponerse a disposición* de los demás, que expresa la actitud de servicialidad vinculada al amor, está presente al menos en tres textos del Nuevo Testamento (Col 3,18-4,1; Ef 5,22-6,9 y 1 Pe 2,13-3,7) que tienen una forma literaria común, denominada *código doméstico*. Creo que es mejor interpretar el verbo griego *hypotassomai* en el sentido de *disponibilidad* de los creyentes hacia cualquier ser humano y, por eso, la traducción que propongo es la de *ponerse a disposición* de alguien. De este modo se mantiene el componente de *ordenamiento* que supone la raíz verbal, el de la *humildad* de situarse siempre por debajo de los demás y el de la *libertad* del sujeto para comportarse de ese modo. En castellano expresiones tales como *ser sometido*, *estar sometido* o *quedar sometido a alguien* expresan un acto o un estado por el cual alguien queda privado de la libertad respecto a un sujeto agente que lo somete. En los contextos de las cartas neotestamentarias, la traducción de dicho verbo al castellano como *someterse* no refleja el componente de libertad inalienable que debe estar siempre presente en una conducta cristiana. En cambio la *disponibilidad* hacia los demás es la expresión concreta de la buena conducta de los cristianos en el mundo pagano. De este modo se revela una expresión dinámica del amor que, desde la humildad de considerar superiores a los otros, situándose por debajo de ellos y

adoptando este talante de servicio a los demás, con toda libertad, expresa la grandeza de la ética específicamente cristiana. Tal modo de comportamiento en los creyentes tiene su primer fundamento en la experiencia cristiana del señorío de Cristo y de su amor sobre todos los ámbitos de las relaciones humanas. No se puede confundir la disponibilidad en el servicio a los demás con la sumisión a la voluntad de los otros o la obediencia ciega a otras personas, pues la única voluntad a la que un cristiano ha de prestar atención y temor es la de Dios. La disponibilidad implica una atención permanente a las necesidades de los otros, pero no la satisfacción de las pasiones y arbitrariedades humanas de otras personas en cualquiera de sus múltiples manifestaciones, especialmente desde el ejercicio del poder en el ámbito político, socioeconómico y matrimonial.

**José Cervantes Gabarrón, sacerdote misionero y profesor de Sagrada Escritura**